



RAMÓN RAMOS, *Los Tiempos del Oráculo. La era del cometa, I*, Grupo Editorial AJEC, Granada, 2009, 172 pp. ISBN 978-84-96013-79-7.

**H**UBO un momento en que los mapas del mundo contenían zonas en blanco que correspondían a territorios inexplorados, costas cuyo trazado era especulativo. Los libros de viajes descubrieron a los lectores nuevos paisajes habitados por criaturas exóticas. La Luna, e incluso los planetas más cercanos, como Marte o Venus, eran observados con telescopios. Conforme avanzaba el conocimiento, las regiones desconocidas se fueron haciendo cada vez más pequeñas. Libros y revistas desvelaban la realidad de culturas antaño misteriosas, y los lugares que podían albergar civilizaciones perdidas iban menguando. Este cambio, acompañado por un rápido progreso científico y tecnológico, tuvo su reflejo en la literatura. A lo largo de los siglos se habían narrado numerosos relatos ubicados en tiempos remotos o en regiones imprecisas de nuestro mundo, donde lo sobrenatural podía ocurrir en entornos muy parecidos a la realidad, y las historias reflejaban las tradiciones y mitos locales. Pero a principios del siglo XX, varios autores crearon mundos posibles completamente nuevos, con sociedades que poseían su propia historia y realidad. En estos mundos sucedían historias fantásticas, narradas a través del género de la novela.

Estos mundos podían ser tan insólitos y describirse con tanto detalle como el autor fuera capaz de imaginar. Pero al igual que los libros de viajes, si se limitan a describir gentes y lugares extraños, no es mucho lo que aportan. Lo que de verdad interesa en ambos tipos de literatura, y por ende, de viajar a un lugar nuevo, es cómo esta experiencia transforma al viajero, quien abandona su mundo y rutina para enfrentarse a una cultura y unos paisajes que no son los habituales.

En este sentido, la novela fantástica, a la que algunas personas quizás miren un poco por encima del hombro, como si se tratara de un género sobre todo destinado a un público infantil y juvenil, tiene relación con la novela histórica, considerada como de "más prestigio". En realidad, cualquier tiempo pasado también es, en cierta medida, un mundo imaginado, a pesar de la ayuda de la documentación histórica y arqueológica. Y lo es más cuanto más lejano esté en el tiempo y en la geografía de nuestro propio mundo. El aspecto formal de ambos géneros es el mismo: dentro del marco general de un mundo que no es el nuestro, se narra una historia. En un caso, se trata de un mundo que nunca existió, en otro, de uno que ya ha desaparecido, y que el autor presenta de acuerdo con su interpretación de la evidencia histórica disponible en el momento. Pero en ambos casos, como sucede en los buenos libros de viajes, lo que nos atrapa como lectores no es sólo el decorado donde se asienta la narración, sino lo que le sucede al viajero, que no son sólo los personajes de la novela, sino el propio lector que se adentra en ese mundo.



La novela fantástica no ocurre en mundos absolutamente extravagantes y sin sentido. Al igual que en el nuestro, existe cierto orden lógico en la naturaleza, y cualquier persona que por alguna circunstancia maravillosa pudiera trasladarse a uno de ellos, sería capaz de comprender las pautas que lo rigen. Desde luego, el autor bebe de fuentes que manan en nuestro propio mundo. Las novelas más clásicas tienen reminiscencias del medievalismo en lo estético y la organización social, y los seres fantásticos que la habitan son, en cierta medida, deudores de la mitología. Estos mundos suelen estar prolijamente descritos en mapas, idiomas, culturas y conflictos. Existe un subgénero denominado “alta fantasía”, que narra grandes historias épicas atravesadas por intensas historias personales. Aquí volvemos al propósito del viaje. Porque las novelas, como todos los relatos que nos emocionan, nos cuentan una y otra vez la misma historia. En un marco cambiante en el que las naciones y los dignatarios, los dioses y las culturas ascienden, caen y desaparecen en el olvido, las personas aman, sufren, luchan y mueren. Las vidas de los demás, bien o mal vividas, nos dicen mucho sobre nuestra propia vida, sobre la vida en general, el alma y la materia que constituyen el ser humano.

Pero además, la novela fantástica aporta un elemento que no se encuentra en otros géneros. Existe una puerta abierta al misterio, a lo inexplicable y hasta sobrenatural. Esa puerta, en nuestro mundo, está cerrada. Paradójicamente, la luz de la ciencia ha desterrado en cierta medida las sombras de la superstición, y aunque la ciencia habita el mundo de la incertidumbre, de la hipótesis que debe ser demostrada, muchas personas se sienten confortadas por la seguridad que aporta la tecnología y rechazan la enfermedad, el sufrimiento o incluso la muerte como algo que debería estar controlado e incluso superado. Hay quien vive instalado en una falsa seguridad, en un mundo planificado donde no hay lugar para lo inesperado. En estos casos, la respuesta ante los golpes de la vida, las circunstancias adversas, o el mismo misterio de la existencia, con frecuencia sólo encuentra salida en el uso de medicamentos ansiolíticos y antidepresivos. Hay ocasiones, en la literatura fantástica, en que se puede aplicar la variante de Larry Niven a la tercera ley de Arthur C. Clarke: “Cualquier magia suficientemente avanzada es indistinguible de la tecnología”. Pero no es ésta la magia de la que hablamos.

El mundo fantástico, además, es un mundo en comunicación con la naturaleza, que a menudo sobrecoge y a la que siempre se respeta. Ésta es la otra puerta cerrada en nuestro mundo.

*Los Tiempos del Oráculo*, de Ramón Ramos (Madrid, 1965) es una novela de alta fantasía que recoge de manera notable los aspectos más valiosos del género. Detrás de su portada, que, una vez concluido el libro, se antoja quizás algo infantil y poco representativa de la capacidad del autor de hurgar en las entrañas del espíritu humano, se nos narra una historia de viajes en un mundo que no existe, y que sin embargo es perfectamente reconocible. La historia gira alrededor de los dos personajes principales, Tilo y Jaspe, cuyos hechos y pensamientos se nos narran en capítulos sucesivos y separados, escritos con diferente tipografía y un tono acorde a la voz de cada personaje. La ciudad del oráculo posee un extraño templo desde tiempos inmemoriales, que como el tiempo, está en continuo movimiento, ajeno a las ambiciones y circunstancias de las personas. La novela arranca cuando un ejército ataca la ciudad y la asola con el objetivo de desentrañar y dominar los secretos del templo. El lector, viajero, se adentra junto a los protagonistas en un mundo que no es el nuestro, pero que no por ello deja de ser verídico.

*Magon de Campaneu*